

Dardo Cúneo
**EXTENSIÓN Y SIGNIFICADO DE LA REFORMA
UNIVERSITARIA**

I. A un siglo de las luchas contra el coloniaje español – aún no han concluido las fiestas del Centenario, que se clausurarán en 1924, celebrando a Ayacucho, se produce la insurgencia estudiantil cuyos turnos de eclosión y expansión quieren ser relacionados con los turnos simultáneos y expansivos con que se condujo la revolución criolla de la Independencia. La arrogancia de su manifiesto inicial, dirigido desde Córdoba, Argentina, a los hombres libres de Sur América, se atrevía a anticipar: “Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”. Presumir así de revolución les permitía dar por seguro, y desde el vamos, que estaban aniquilando los restos coloniales que sobrevivían en las repúblicas; revolución, por lo tanto, que daba culminación a la obra incompleta: "acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica". Y la insistencia en calificar su índole se asignaba, en el mismo párrafo, todo el espacio continental: "se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo sus banderas a todos los hombres libres del continente". El lenguaje abusivo serviría, sin embargo, para asociar índices de relativo realismo, porque, a cambio de todos, sí serían muchos los latinoamericanos que se sintieron convocados por la rebelión que se extendía entre las capitales universitarias y enrolaba a promociones estudiantiles, ambiciosas levaduras de hombres libres, a favor del clima de época impugnadora. Como lo quería su primer manifiesto cordobés, en el apurado plazo de una década, el mapa latinoamericano marcaría el pronunciamiento coincidente de una nueva generación con rigor de puntualidad comparable al de la generación emancipadora. No resulta difícil deducir que, desde la explosión literaria del modernismo, ninguna manifestación del desafío cultural abarcaría tan amplia escena en plazos tan inmediatos. Si arrogarse como antecedente la gesta de la Independencia era presunción excesiva, el antecedente modernista, en cuanto éste fuera revuelta anticolonial, aparece como estación de posible y afín vecindad. Como el modernismo, la Reforma Universitaria interpretará nuevos avisos de búsqueda en los procesos latinoamericanos de identidad cultural y trabajaría la tentativa de propio lenguaje, lo que es legítimo en rebeliones que se quieren apertura de panoramas culturales e ideológicos.

En esa escala corresponde situar la consideración de la Reforma Universitaria y saberla, en primer término, como respuesta de nuestra región a los llamados más representativos de la época: una respuesta nada provincial. Como la revolución de la Independencia frente al colonialismo español, como el modernismo frente a residuos culturales de ese coloniaje la Reforma Universitaria se alimenta de aprestos de contemporaneidad. Lo contemporáneo es la gran guerra europea y la inmensa brecha que ella ha abierto, que ha dejado abierta, con la quiebra de la esperanza -o ilusión- en un orden progresivo para los negocios humanos y sociales, tal como lo sugirió -y mintió- la belle-époque. La guerra ha sido, no ha dejado de ser, un gran ejercicio de desmitificación. ¿No ha muerto la sociedad que no supo escaparle a la esterilidad de la guerra? Ese reciente pasado fallido no habrá de recomponer su infamia. El mundo que surge de la catástrofe debe ser en todo diferente al que no la evitó. La condena de lo que ha ocurrido se hace expectativa y fundación de nuevos ideales. Sin nuevos ideales no se funda nueva época, no se integra la desmitificación del pasado con la construcción de reinos inmediatos de paz en la justicia. Mucho dice que en Rusia haya sido abatido el imperio zarista y que los revolucionarios

en el poder sugieran la oportunidad de un nuevo milenarismo. La historia, a la que la guerra vaciara de sentido, está ejercitando nuevas perspectivas, apresuradas remociones. La sorpresa que suscita aquella revolución triunfante viene a identificarse, aquí, con la lectura de la literatura rusa, sin duda más que con la occidentalizada con la paneslavista, a cuyas visiones apocalípticas correspondería lo que, allá, está ocurriendo. La presión de la nueva época, sus impugnaciones, sus augurios, se radican en las generaciones nuevas que acaban de llegar, que están llegando. El mundo y sus impacencias como que las estaban esperando. En esta visión de mundo y época, el reformista de las universidades latinoamericanas se sabe convocado para compartir -y decidir- el pasaje del mundo hacia la plenitud de la justicia, de la belleza, palabras que rejuvenecen inscritas en sus manifiestos; sabe como propia a las temperaturas de la época y por ellas investidos, en condición irrenunciable, de protagonistas, de gestores de historia nueva. La época les pertenece. Ortega y Gasset está a punto de ser comentarista alarmado de la presentación de las masas en las ciudades occidentales. Este es el hecho que ya está marcando la atmósfera social de la época. Los estudiantes reformistas se anticipan a extraer del hecho masa su zona más dinámica como para suponer y proclamar que estos nuevos tiempos lo son de expansión juvenilista. La irrupción de la masa es irrupción de jóvenes con demandas que, significando la condenación de los viejos y desordenados estilos de vida, postulan desde el nuevo trato entre estudiantes y maestros las aperturas hacia nuevos estilos que armonicen vida nueva.

Esos años aparentaban estación juvenil del mundo rehaciendo historia. A la juventud – ya lo había dicho para América Latina la incitación de Rodó –, correspondería orientar los timones de la rectificación en nombre de causas puras. Exactamente, causas puras. La movilización de las expectativas juveniles demanda sanciones espirituales para los días nuevos. La disidencia generacionista es, en primer término, de inspiración moral. El mundo que se infamó en la guerra remite a una inmediata instancia de desacuerdos morales que se resolverán con proposiciones y conductas purificadoras. "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura", dijo el manifiesto cordobés del 18. "Es uno de los altos fines (de la Federación Universitaria, que se constituía) la lucha contra todas las normas de la inmoralidad", programan los estudiantes chilenos el 20, lo que supone, ya que aluden a normas, a la inmoralidad institucionalizada, o sea lucha contra el sistema inmoral. "El estudiante tiene el deber de permanecer siempre puro, por la dignidad de su misión social, sacrificándolo todo en aras de la verdad moral e intelectual", propone el congreso estudiantil de La Habana, en el 23. La disidencia moral, que reclama un mundo de justicias y propone concurrentes capítulos de remoción latinoamericana, quiere que la Universidad sirva a los fines de purificación extendidos hacia donde ellos alcancen. El orador principal del 18 cordobés ha aludido a la revolución desde arriba, es decir, revolución desde la Universidad, lo que suponía dotarla de poderes misionales - ideológicos, culturales- para salir al encuentro de los tiempos de la urgente enmienda, de la beligerante revisión, para imponer orientación a los necesarios cambios a que se está abriendo el mundo, a los que está forzando la época. De la Universidad replegada frente a las conmociones sociales hacer Universidad que esclarezca y centre la responsabilidad espiritual de los hombres en la gran transición. La Universidad: cuartel mayor con vistas comprometidas a mundo y época. Si pretenden rescatarlas de obsoletas camarillas, de cátedras ortodoxas, de maestros mediocres, es para que conjugue sus funciones hacia paisajes abiertos, removidos. La Universidad liberada será cabeza del proceso de democratización del conocimiento al día, del conocimiento y sus progresos en correspondencia con los progresos sociales, con los ascensos de la época y sus ritmos transformados. La Reforma la hará apta para esa representación. Así lo anuncia desde su primera literatura fragmentaria del discurso y del manifiesto en que toman curso los énfasis juvenilistas y se apuran las incitaciones. No hay disculpas para no hacerse a los caminos y empujar, desde ellos,

la feliz fatalidad de quererse y saberse intérpretes de la redención espiritual de nuestros pueblos y voceros de los ideales de la nueva época. Ahí están los estudiantes reformistas para acometer las grandes cosas, para urgir y vencer calendarios, para apresurar la buena historia.

II. El estudiante universitario latinoamericano era, en las fechas de los pronunciamientos reformistas, habitante de una zona generalmente muy reducida del privilegio social. Esta zona tiende a abrirse en el sur, donde las masivas inmigraciones europeas, la universalidad de la enseñanza primaria y la creciente popularización del bachillerato, han aportado decisivo ritmo al tránsito desde clase obrera hacia nuevos y diversificados niveles de clases medias. Pero, en el mismo sur, no deja de constituir una forma de privilegio reciente. El estudiante universitario que no pertenece a sectores de la riqueza tradicional es hijo del chacarero en tiempos de provechosas cosechas – *el M' hijo el doctor*, de Florencio Sánchez- y del inmigrante que, en una u otra variante de oficio urbano, *se ha hecho la América*, es decir, que ha ascendido a la posibilidad de sostener hogar de economía relativamente estable en que es suficiente el salario del padre. A fines de la segunda década, comienza a ser mayoría en la población estudiantil. En donde perdura el esquema colonial – y lo es en las más extendidas áreas, sometidas, asimismo, a la criba racial –, el estudiante llega a la Universidad desde familias de abolengo, la renta, a prestigiadas profesiones liberales, gran comercio. La contravención es apenas posible. Esto seguirá ocurriendo más allá de la segunda década del siglo. La Reforma Universitaria cubrirá, por lo tanto, un panorama desigual y diverso en la composición de sus frentes. Sin embargo, unas mismas, o afines, fueron sus postulaciones entre estudiantes de sociedades más o menos abiertas y sociedades preferentemente cerradas. Para desmentido de toda tentativa de rígida interpretación determinista, su primer pronunciamiento, en Argentina, no tiene lugar en Buenos Aires, avanzada social de clases medias, en cuya Universidad ya se enseña Legislación del Trabajo, sino en Córdoba, ciudad mediterránea y con celebrada tendencia a confesional, en la que persisten convenciones, abolengos y reminiscencias de estilo colonial y en cuya Universidad se enseña, en Filosofía del Derecho, *Deberes para con los siervos*. Digamos que la juventud reformista se anticipa ahí donde la incitan, con mayor intensidad, los contrastes. La respuesta a los contrastes unía al hijo del vecino principal con el hijo del chacarero y del inmigrante pasado a pequeño burgués. En una misma dirección, el primero era eslabón de ruptura del estancamiento de su medio y el segundo excursionista de clases medias en expansión. Acaso, el primero perteneciera al sector que, dentro del abolengo y la renta, no se había asimilado a los progresos de los negocios, retenido, por lo tanto, por la petrificación social, sobreviviendo como oligarquía pobre. Los llegados de unos y otros ambientes actuarán en las campañas de la Reforma desprendidos de sus propios ambientes, como que no reconocieran razón de origen, sino de destino. La rebelión estudiantil comenzaba -así se la veía en sus tensiones emotivas- sobreponiéndose a los niveles de procedencia de sus militantes. Para ellos, para su voluntad de rechazo, esos niveles eran fragmentos de un mundo en crisis, mientras que la propia batalla llevaba al no pacto con la mal envejecida historia. Se aligeraban de pasado para saberse perfectamente diferentes, para ascender colinas comenzando por desbasar estatuas. La sensación de ruptura con que se presentan les impone interrumpir hábitos de continuidad, alterar costumbres. Si a algo vienen, ya lo presumieron, es a dar conclusión a los capítulos incompletos de las luchas contra el coloniaje. La historia en la que se quieren insertar es la pendiente de los emancipadores, a la que darán remate con los instrumentos que está poniendo a su alcance una época que llama al cambio, a la revolución.

La historia que, a sus ojos, envejecía a América Latina estaba, sin embargo, siendo

alterada por las postulaciones de nuevas clases medias y las protestas de obstinados agrupamientos obreros. Era historia que evidenciaba también, desacuerdos y remociones. Las clases medias desajustaban el mapa tradicional, impugnando, por acto de presencia, el estancamiento y la polarización social. Los agrupamientos obreros se repoblaban con energías y consignas ideológicas alentadas por esos días del mundo. Se entraba en un nuevo periodo de vida latinoamericana. Es el periodo de los últimos tiranos de corte tradicional y de los nuevos dictadores de trampa populista, indistintamente civiles o militares. En Venezuela se le irán aflojando las riendas al viejo tirano y en Perú un caudillo civilista y popular dará la versión del nuevo dictador. Donde funciona el sufragio universal las clases medias se complacerán en la sensación de triunfadoras, pero no les pertenecerá el poder sino tan condicionado como para que en Chile se persista en la persecución de obreros y estudiantes. Esta será la escena de la Reforma Universitaria, una escena alterada por la expansión social dentro de las fronteras de perduración colonial e inmediatamente sofocada para que la alteración no se vaya a transformación decisiva. Nada casual que estudiantes y obreros se supieran solidarios y acompañados en suerte común de esperanzados y reprimidos.

III Los apuros en pronunciarse darían abundancia de manifiestos, discursos y declaraciones. En esa abundancia de pronunciamientos, el estudiante reformista tiende a crear para sus cómodos y abusivos usos un estilo de diferenciada propiedad. Viniéndole del arielismo, supera las meditaciones de éste bajo la presión de sus urgencias de activistas, pues lo empuja una visión más apurada del mundo, emplazamiento de época cuestionadora. Ese estilo de ruptura sirve a orden del día en campamento señalado por nuevos turnos históricos que, al apremiar a los que se le comprometen, suman perspectivas, se enriquecen de significados. Desde el comienzo, se facilita en confesiones y proposiciones. Los párrafos extienden tensión de proclama para ser acompañados de tambor; sugieren disposiciones de rápidos combates; adjetivan con el énfasis correspondiente a las primeras intransigencias. Cada párrafo aparece cargado, desde uno a otro extremo, con el vigor de arrogantes sentencias; prosas que repiquetean al ritmo del discurso; textos para el pregón, el afiche, o el muro. En vano suponerle apenas un signo que dé cuenta de persistencias rubendarianas a pesar de que sus redactores transitan las fechas que, siendo las últimas, aún pertenecen a la literatura modernista. Los tonos de las proclamas pasan por sobre las influencias de ese absorbente pasado inmediato regional. No será posible, tampoco, relacionarle rastros de la contagiosa literatura política que, a esa hora, producía y estimulaba la revolución soviética. No hay apelación directamente importada desde esa vertiente. Las prosas reformistas tienen su propia poesía; no se consienten a recoger símbolos que no ayuden a componer sus justificaciones. La primera de éstas está referida a la edad juvenil como estado de pureza que, frente a los contrastes, habilita para la enmienda. Esta alusión – o exaltación – es punto de partida de esa literatura, a la que pudo haber concurrido, desde su mismo título, *La edad heroica*, el libro del español Luis de Zulueta, editado por la Residencia de Estudiantes, de Madrid, que, también, ha editado a Unamuno y Tagore, dos nombres que están entre las grandes incitaciones de la época al alcance de las mocedades universitarias del continente. Con lo que cabe ya este reconocimiento: España, a la que no sosegará la dictablanda de Primo de Rivera, hará de activa central de estímulos. De ninguna otra zona del mundo y sus conmociones llegarán -y tan bien recibidos- mejores sumas de avisos intelectuales para avituallar las expectativas de los frentes reformistas. Llegan dos comentaristas de rigurosa contemporaneidad: uno, glosador; el otro, filósofo. El glosador les proveerá de procedimientos posibles para exteriorizar sensaciones, para aligerar el pensamiento y sus sorpresas, para traducir los deseos de la espera. El filósofo les

razona un nuevo turno de imágenes liberales y favorece a quien lo quiera con una impresión de comodidad, de seguridad, a través del orden de su prosa. De Eugenio D'Ors, el glosador, se acompañarán asimilando sus trazos tanto en Buenos Aires, cosmopolita, como en Caracas, sometida a tiranía cerril.¹ En tan distinta escena, la nueva generación daría paso a los *Glosarios*, a sus recomendaciones sobre los servicios de la inteligencia. Bastante lejos de componer una doctrina, sin ninguna seña de fábrica militante, eran precisamente por eso suficientemente anchos en sus incitaciones y sólo comprometían por sus metas sentimentales. A todos los expectantes podían caerles bien. Les cayeron. Fueron pie para carreras de entusiasmos, para alentar augurios, para saberse diferentes. Ortega y Gasset, el filósofo, les explicaría, como tema que correspondía al interés de *nuestro tiempo*, la distinción entre épocas acumulativas y épocas eliminatorias y polémicas, advirtiendo que éstas pertenecen a los jóvenes: "edades de iniciación y beligerancia constructiva", lo que significaba fundarles un destino, confirmarlos en el camino emprendido. Ortega ha estado en Argentina el 16; volverá diez años después; D'Ors es huésped estudiantil el 21.

El clima español de debate y cuestionamiento, del que Ortega y D'Ors eran líderes de exportación hacia América Latina, vendría, también, en la revista *España*, dirigida por Luis Araquistáin; en ediciones de la *Revista de Occidente*, como *Psicología de la edad juvenil* de Spranger, y en discursos de incitación juvenilista como los del profesor de derecho Penal de Madrid, Luis Jiménez de Asúa, quien antes de cerrarse la década trasladará a la polémica sus tesis sobre *Libertad de amar y derecho a morir*. Cabe recontar un difuso estímulo de igual procedencia, que se presenta con la energía de cosechada reminiscencia. Es el krausismo, fenómeno intelectual reelaborado en España e incorporado a las tradiciones de su republicanismo finisecular por Francisco Giner de los Ríos y su Institución Libre de Enseñanza, por Sanz del Río y sus traducciones, por los discípulos y seguidores de Giner, entre los cuales Fernando de los Ríos publica a mediados de la década *El sentido humanista del socialismo*. El krausismo reduce a patrón de conducta joven la necesidad de hacer de la vida una obra de arte, acuerdo entre ética y estética. Su estilo, el de sus traductores, cimentó en América Latina siembra no suficientemente averiguada en razón a la importancia que tuviera, por ejemplo, en José Martí. Los repiqueteos de ese estilo reaparecen en las prosas beligerantes de los documentos reformistas. En ese estilo es posible programar la pureza juvenil como empresa social.

En propia orilla, la alusión a la juventud en plan de batalla innovadora tenía sus expositores y mentores. Su primer argumento fundador es el arielismo, ampliamente difundido en el continente, desde Río de la Plata a México.² Su segundo argumento estimulante: *El hombre mediocre* y *Las Fuerzas Morales*, de José Ingenieros, que extendiendo la reflexión arielista en prosa más flexible alcanza a interesar entre jóvenes latinoamericanos, acaso, en proposición equivalente a la lograda por *El Carácter*, de Smiles, entre los lectores anglosajones del norte. Ingenieros, tan leído o, ya, más que Rodó en los días de la Reforma, concurre a comentar y proponer los términos de una ética social para las nuevas generaciones, basada en el disconformismo como dato imperioso de la naturaleza juvenil. Sobre los insurrectos de la Universidad peruana estaba pendiente la divisa con que Manuel González Prada, solitario caudillo intelectual, se anticipara en 1888 y que, ahora, ellos usan como propia para apadrinar, reivindicando al precursor, su rebelión estudiantil y su alianza con la protesta obrera. La divisa es ésta: "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra".

En todos estos años de la década del 20, la literatura reformista, fragmentaria como correspondía a la formalidad enfática del manifiesto, discurso y declaración, no se inhibirá en pretextos y se aprovechará de todos. Escribir el manifiesto y la declaración, pronunciar el discurso, es un requerimiento digamos biológico, como respuesta irrepresible de vida joven y sus

energías frente a mundo viejo y sus innumerables conflictos. Cada hecho que roza los motores de su impaciencia será motivo de palabra en voz alta, pronto enunciado de condenas, reiterada profesión de demandas. Y como pocos son los hechos que pudieran no interesarle, esos pronunciamientos comprenden desde el pleito escolar de diverso alcance, al que se le deduce igual y arrogante trascendencia, hasta las rebeliones gandhistas de la India, pasando, claro está, por el confinamiento de Unamuno y el sacrificio de Sacco y Vanzetti, con lo que los motivos y sus variantes cubren puntualmente la escena. Pero ninguno tan determinante de unánime respuesta de enjuiciamiento como el que Estados Unidos siga enviando tropas de ocupación a Centro América y el Caribe. Esto toca en el corazón, en corazón ofendido. Y es el mayor contraste que actúa como mayor estímulo para razonar la reactualización del proyecto político que unifique, para su defensa, para su realización, a América Latina. La vieja política ha fraccionado la certidumbre de una gran patria común. La nueva generación se hace cargo de la empresa unificadora. El tema -y la decisión- están inscritos en los principales documentos y se hace acción riesgosa. Estudiantes chilenos y peruanos desafían a los sectores chauvinistas de sus países y en momentos en que la disputa sobre Tacna y Arica excita a planes belicistas y a considerar la guerra como exigencia del honor nacional, ellos se escriben recíprocos votos amistosos, fraternales, programando entendimiento y paz. Lo mismo ocurrirá entre estudiantes de Asunción y estudiantes de La Paz, dándose aviso, en documentos que intercambian con sus previsiones y alarmas, de que la guerra que se preparaba y que los enfrentaría en el Chaco no era su guerra. La Reforma Universitaria cumplía como ensayo de unidad continental frente a las agresiones imperialistas del norte y por sobre la desintegración trabajada por las viejas oligarquías y los nuevos populismos.

Los entusiasmos de la prosa conducían, muy frecuentemente, a la consagración del sacrificio: persecuciones, prisiones, confinamientos, exilios, muertes. Esa literatura suele costar sangre. No será poca la que haga de cordón de enlace entre el párrafo altivo y la muralla oligárquica y la trampa populista. Cada campaña estudiantil tendrá su mártir, o sus mártires, entre tropa propia y sus aliados obreros, mientras se ampliaban los territorios de su disconformidad y el carácter de sus proposiciones.

IV. Ni la extendida visión, para la cual ningún desacomodo del mundo sería del todo ajeno, ni el énfasis con que moviliza los redobles de su presentación, le quitaría ánimos ni oportunidad para fundamentar la rebeldía en programas. La literatura fragmentaria alternará la que enuncia y analiza su proyecto de Universidad con la que relaciona sociedad y cultura en plan de enmienda nacional, continental. El mismo manifiesto, discurso y declaración sabe ser, a la vez, acta de inadaptación y carta de ambicioso navegar, intransigencia y razón.

En Argentina la convocatoria inicial ha estado sostenida por fuerte sentimiento anticlerical, lo que cabe reconocerlo, su primer estímulo. Fue respuesta a las obstinadas imposiciones dogmáticas de aquella Universidad cordobesa. La agitación estudiantil se incorporó las definiciones anticlericales que ha alentado el liberalismo ideológico en sus vertientes beligerantes. Ese liberalismo ha encontrado siempre, en Córdoba, las más recias resistencias. A la medida de esas resistencias fue el énfasis del contraataque que usó la agitación estudiantil: pero, diferenciándose inmediatamente de tal liberalismo, el capítulo anticlerical no fue su único capítulo por más que haya sido el principal en el primer combate. La rebelión antidogmática se emplaza hacia toda formulación anacrónica y se hace urgente tentativa de liberación para los desempeños de la inteligencia. Al extenderse el movimiento a las Universidades de Buenos Aires y La Plata, ciudades donde no se halla fijada, como en Córdoba, la relación Universidad-Iglesia,

aquel primer orden de combate no tiene motivos para ser reiterado. La Universidad platense había sido fundada bajo la impronta del positivismo. La Reforma parte, ahí, de escalón que le permite, desde el primer momento, la avanzada crítica antipositiva. A ello contribuyó el padrinazgo, o mayorazgo, de uno de los argentinos más profundos y silenciosos, un no convencional por vocación de pensador, de maestro, de solitario. Desde la provincial La Plata, el profesor de filosofía Alejandro Korn venía advirtiendo que la ideología con que la generación argentina de Caseros instrumentó la organización nacional estaba ya agotada, de la misma manera que los cursos del pensamiento del hombre contemporáneo no cabían dentro de los carriles cercenadores del positivismo. El país necesitaba nuevas bases ideológicas y el hombre nuevas perspectivas de asociación de vida y pensamiento. Cuando surge la protesta de la estudiantina ya tiene un criterio crítico del cual servirse para dejar de ser ocasional. El viejo profesor hizo las veces de padre ideológico, de gran hermano mayor. La rebelión dispuso de un programa de coherencia intelectual, postulando nuevos ejercicios en el pensar de los argentinos para mejor acompañar los pasos del mundo en etapa de grandes mudanzas.

En Lima el alzamiento estudiantil fue cubierto por rotunda filiación anticlerical, con la que se hizo presencia - y estruendo - en las calles, liderando la oposición popular contra gobierno e Iglesia. Pero, no quedaría ahí más de lo necesario. Ya estaba alimentado de otras motivaciones que le eran más propias y que trascendían a buscarle a América Latina el perfil renovador de su identidad, pues América Latina quiere ser América Latina, trabajar y manifestarse en propios estilos, cimentar coordenadas de acción regional para acudir, no con ropas prestadas, a los trabajos de mundo y época. Uno de los temas del primer Congreso, en Cuzco, año 20, trata de *Orientaciones que debe darse a la literatura en el Perú*. “El mantenedor del tema, Raúl Porras Barrenechea - dicen las actas - sostiene la posibilidad de la literatura nacional y en ese sentido hace la historia de los ensayos nacionalistas, y expone que no siendo posible formular conclusiones en el sentido propuesto o sea para orientar la literatura, presenta otras relativas al cultivo de la historia y de los estudios nacionales, fuentes de las que debe originarse la originalidad futura”.

Los objetivos se ampliaban como consecuencia de la labor colectiva de los congresos. Los enunciados incitadores de la literatura fragmentaria son ordenados e integrados en capítulos programáticos con intervención de delegados regionales, componiendo, en cada caso, un pensamiento de escala regional con que mejor se definían las expectativas, las necesidades, las exigencias. Esos capítulos consagran criterios y direcciones de originalidad. No hay por qué recordar que en las primeras Universidades medioevales estudiantes y estudiosos formaban su propia comunidad, a favor de algunas formas de autonomía, de cátedra libre, de co-gobierno. Tal recuerdo está demasiado distante, pues desde entonces las Universidades han sido zonas de conservación, nada innovadoras. Por lo tanto, las aspiraciones del tercer estado universitario sobre intervención en el gobierno de las casas de estudio, su funcionamiento autónomo con respecto al Estado y la libertad de cátedra, no han tenido formulación, hasta aquí, en nuestra época. Son adelantado signo de contemporaneidad que le pertenece por entero a la Reforma. Transcurrirá medio siglo para que esas aspiraciones sean bandera con rebeliones juveniles en Europa. Los reformistas latinoamericanos se anticipaban. Con ello procuraban revalidar la misión de la universidad, hacerla intérprete de sus proposiciones hacia mundo y época. Insistirán - insistirán aún- en ello. A mundo que quieren laboratorio de enmiendas revolucionarias, a época a la que saben decisiva gestora de sus impacencias, ha de darles seguro servicio la Universidad. Desde la Universidad, ellos participarán en esa época para cambiar el mundo. Se trata de transformarla para mejor equipar a los protagonistas en el cumplimiento de menesteres generacionales.

El órgano de sus aspiraciones será la Universidad vinculando en ella, permanentemente, a los egresados, haciendo de ella comunidad de profesores al día y estudiantes anticipados. La Universidad transformada se librerá al pueblo, se extenderá al pueblo, se asociará al pueblo. "Que la Universidad del futuro debe ser la forjadora de la humanidad nueva", pregonan los estudiantes chilenos, en el 21. "Que la propagación de la cultura entre las masas proletarias -dicen definiendo a la extensión universitaria-, les capacitará mejor para desempeñar el rol que les corresponde como clase esencialmente productora". La Universidad vivirá en alianza con el pueblo a través de causas que reivindican la justicia social y ennoblecen las políticas nacionales. ¿Sobreestimación de la Universidad como generadora de decisiones en tales cursos de emplazada renovación? Sin duda. Hubiera correspondido preguntar si era suficiente la intervención estudiantil, la autonomía, la libre docencia, para que la Universidad concurren a dar respuestas y prestar su orientación en el reordenamiento social. Las tres ponencias que integraban el coincidente pregón reformista en América Latina hacían las veces de garantía de que la Universidad se responsabilizara de las expectativas de la época: pero, ¿cuál sería la naturaleza interna de esa nueva Universidad en cuanto al propio rigor de su servicio científico, de su empresa de creación cultural? ¿A qué orden de disciplinas, en relación con las realidades sociales del país latinoamericano responderían sus cátedras, sus gabinetes de investigación, sus bibliotecas, sus laboratorios? ¿Cuál sería, hacia dentro, esa Universidad que se empeñaban en hacer llegar al pueblo?

No será verbalista, se ha dicho; no producirá exclusivamente profesionales liberales, se ha dicho también. El congreso de estudiantes peruanos, en Cuzco, el 20, propone que en la Universidad cuzqueña funcione una Escuela de Agricultura y en Trujillo una granja-escuela y en todo colegio y escuela huertos y jardines "en que los alumnos practiquen personalmente enseñanza agrícola". Los estudiantes chilenos del 22 quieren que la Universidad no se limite a profesionalizar: "que sea al mismo tiempo un centro de altos estudios científicos, humanísticos y estéticos". Aunque no la deliberará suficientemente, la Reforma sugería la imagen -borrosa imagen de intenciones- de la Universidad experimental y humanista. Experimental en cuanto se liberaba del verbalismo de cátedras paternalistas, anacrónicas. Humanistas en cuanto a que nada de lo que ocurra en mundo y época será extraño a su interés, a su misión.

V. El turno de las generaciones lleva consigo el poder de disolución de los agrupamientos que funcionaron a su favor. No es posible someter a exigentes pruebas a esos turnos. La dinámica de la historia se enriquece con el impulso de ellos, pero no siempre sirven a los trabajos de fundación, que requieren plazos de mayor extensión y profundidad. Es suficiente que hayan propuesto un orden de anticipación, tal como procuró hacerlo la generación latinoamericana de la Reforma. Entre 1918 y 1930, se hizo presente en América Latina un proyecto de orden universitario que, sin llegar a relacionar coherentemente las funciones científicas y culturales con qué debía trabajar la Universidad para cumplirle a los niveles de la realidad pendiente de sus países, rehízo sus criterios de autoridad, pero no en igual medida los de enseñanza, y, al mismo tiempo, apresuró a remontarse hacia los conflictos de época, en los que tomaba referencia para exigirse un desempeño misional interpretando los inquietos signos de cada uno de los días de esa época. Los trajines, con frecuencia dramáticos, y los abundantes impactos emocionales que la acompañaron, no favorecieron a la Reforma para reflexión suficiente sobre qué índole de Universidad correspondía a las etapas de expansión que merecía América Latina; y así, por propia inmadurez para esa reflexión y las resistencias que nunca dejaron de limitarla y sobre ella triunfaron, la Universidad latinoamericana no llegó a componer el organismo de la síntesis humanismo-experimentación y menos a alentar procesos de transformación nacional, continental

desde sus planes de estudios. La Universidad se demoró en diferentes pretextos y no trabajaría, por no haber integrado su propia síntesis, la síntesis del pensamiento latinoamericano, ni actuaría como avanzada de exploración -y emancipación- en aquello que estaba dándole más cierto ritmo revolucionario a la época: el paso avasallador de la técnica. No era bastante repetir a Ortega y Gasset en la alusión del técnico, o el especialista, como un nuevo bárbaro, porque rechazarlo, como Rodó también lo quería en el *Ariel*,³ era, en inmediata instancia, someterse a él. La ocupación de la Universidad consistía en seguir profesionalizando bien o mal o sea, produciendo bárbaros más o menos anacrónicos para las etapas de represión en que quedaban confinados sus disgregados países. Las oligarquías gobernantes no dejaban hacer otra cosa y la Reforma quedaba a mitad de camino, incluso como plan de anticipación. La época, a la que habían supuesto su gran aliada incitadora, reducía sus propios auspicios. De ello hacen temprano registro en un documento argentino del 20, que denuncia al Tratado de Versalles por mantener "en la esclavitud a la mayoría de los pueblos de Asia y del África, sin que América esté libre de este juego, pues el principio de autodeterminación, que es aspiración de los pueblos débiles y naciones postergadas, no ha impedido que se crearan en el mapa europeo estados a favor de intereses estratégicos, mientras se lo desconoce en India, Irlanda, Santo Domingo".

La Universidad se ha favorecido, por períodos generalmente interrumpidos, con la intervención estudiantil, la autonomía, la docencia libre, pero ello resultaba instrumentación de alcances precarios y provisorios. Un reconocimiento también temprano desmentía los poderes de la Universidad: el mismo orador que el 18 anunciaba la revolución desde arriba, es decir, desde sus claustros hacia la sociedad, sostendría dos años después que sin sociedad previamente transformada no habría nueva Universidad. En Perú, se daría una respuesta a esa insuficiencia: al margen -o enfrente- de la vieja Universidad, una experiencia extra-universitaria, popular: la creación de las Universidades Populares González Prada para la extensión del conocimiento, que no es simplemente ejercicio de extensión universitaria, sino nueva forma de organización derivada de la alianza entre estudiantes y obreros. "La Universidad Popular -propuso el congreso de estudiantes peruanos, el 22- tendrá intervención oficial en todos los conflictos obreros inspirados en los postulados de la justicia social". La Universidad Popular se constituía así en un complemento del sindicato obrero.

La Reforma se iba inscribiendo como un hecho social en la vida latinoamericana. Las sociedades reciben sus impulsos, acaso, más que la Universidad. Esos impulsos coinciden -y en alguna forma son parte- de los requerimientos de nuevas clases medias que se asocian a ella en cuanto se hace posible la apertura de las aulas a los cada vez más numerosos conjuntos estudiantiles de procedencia popular. Pero, esa Universidad no esclarece cuál puede ser la representación de las nuevas clases medias en proceso de transformación social, como que seguirían prestándose a la finalidad anticultural de apresurar el expediente del prestigio profesional en cuadros sociales controlados por las pautas impartidas por viejas y nuevas oligarquías. El acceso de la sociedad popular a la Universidad no correspondía al proyecto de transformar la Universidad por dentro, ni de transformar, desde ella, a la sociedad. Le es suficiente ampliar sin enmienda, lo que se revela en la elección de las disciplinas, que se siguen llamando, en vocabulario del éxito, carreras, y reiterando el acondicionamiento dispuesto por los intereses tradicionales y sus consecuentes derivados modernizantes.

Cuando las energías reformistas se inscriben en los procesos políticos, su traslación más representativa será dada por la fundación, en Perú, del nuevo populismo de apelaciones interraciales, basado en ambiciosa ideología de proyección continental. Pero, el Aprismo fracasa en su inicial tentativa de hacerse ideología de las nuevas generaciones latinoamericanas para desenvolverse en aquella interpretación típicamente peruana en que perdura. En Argentina, donde

se inició la postulación reformista, el tratado de dirigentes estudiantiles hacia los escalafones de partidos populares consagrados fue operación tangencial. Los partidos recogen las postulaciones reformistas como sección de sus programas electorales. En los días de crisis política, año 30, el viejo profesor Alejandro Korn se inscribe, como afiliado de base, en el Partido Socialista. En Cuba, la agitación estudiantil hace paso a los primeros núcleos comunistas. En otros países varia es la suerte de los elencos entrenados por la Reforma. Si se incorporan a los partidos y hacen gobierno, lo será sin que tengan necesariamente que negar su pasado reformista, pero lo sabrán como recuerdo alejado. En Venezuela, donde las luchas estudiantiles se habían orientado, sin mucho tiempo a otra cosa, hacia la insurgencia para abatir una siniestra y larga tiranía, la Universidad hace de cuartel de encuentro y de partida. Pesa tanto la tiranía que el paso previo consiste en tumbar la tiranía. No les faltó a los combatientes el clima de época para enfatizar el discurso de protesta que es antesala natural de prisión, tortura, trabajo forzado, muerte. No habrían de saberse sin eco entre su generación latinoamericana. Pero, no programan la reforma de la Universidad, sino la liberación del país. De esas luchas saldrán los jefes de los nuevos partidos y dos presidentes de la República.

El breve historial, más intenso en cuanto abundó en sacrificios, y el legado documental, que alentó la pretensión de una doctrina, servirían de orientación a nuevas generaciones estudiantiles y desde la Universidad. La Reforma se integró con sus anticipaciones y fracasos en un mito de obligada apelación. Lo que deducía que sus cuentas permanecían abiertas. En la década del 30 el mito se hace beligerante estímulo, repitiéndose los estudiantes de América Latina los entonados párrafos del manifiesto inicial de Córdoba, asociándose en la proposición de unión continental y renovando el disconformismo que los comprometía a alborotar los claustros y aspirar a un mundo mejor. Pero, nada se agregaría a las anticipaciones y fracasos de la generación anterior. Las cuentas abiertas no tendrían solución. La Reforma Universitaria quedaba incorporada entre los capítulos de las luchas latinoamericanas de emancipación. Ese es su lugar. Más precisamente: fue un ejercicio avanzado, en términos generacionales y para todo el continente, de la inteligencia criolla en busca de instrumentos y estilos para su propia expresión.

DARDO CÚNEO

¹ “Eugenio D’Ors fue para nosotros – estudiantes presos en el Castillo de Puerto Cabello – un orientador intelectual”. “Consciente de la corrupción de su tiempo, estaba animado del fervor de medirla y combatirla, oponiendo a tal corrupción una ética y una estética”. Manuel Acosta Silva, *Historias del 28*. Caracas, 1976.

² En 1912, en Venezuela, Rodó es designado presidente honorario de la Asociación de Estudiantes, clausurada dos años después por la tiranía de Juan Vicente Gómez. Es un ejemplo. En el archivo de su correspondencia, que se guarda en el Instituto de Investigaciones Literarias, de la Biblioteca Nacional del Uruguay, hay cualquier variante de textos administrativos que le envían sus lectores jóvenes desde capitales latinoamericanas o aldeas provinciales. El arielismo era un partido continental.

³ En *Aventura y Letra de América Latina*, por Dardo Cúneo (Monte Avila, Caracas, 1976), pág. 241 y siguientes: *Ubicación de Rodó y Ariel*.

* CÚNEO, DARDO. *La Reforma Universitaria (1918 – 1930)*. Compilación. 2da edición, agosto. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela. Pags; IX – XXII. 1988.